

Domingo Miras nació en Campo de Criptana en 1934 y comienza a escribir sus dramas en 1970. Recoge y asimila desde sus comienzos influencias diversas de nuestra mejor literatura y de nuestro mejor teatro. Cervantes es uno de sus primeros pilares; en Valle Inclán apoya su estética y Buero Vallejo es su maestro más próximo. En el año 1974, recibe el premio Diego Sánchez de Badajoz por *La Saturna* y es reconocido plenamente en los medios teatrales. En 1975 *De San Pascual a San Gil* obtiene el Lope de Vega. *Las brujas de Barahona* merece en 1979 el premio Lebrer Blanco. En *Las alumbradas de la Encarnación Benita* recayó en 1980 el premio Tirso de Molina y en *El doctor Torralba*, el Palencia de 1982. Sus obras poseen una fuerza dramática inusitada; la elección de sus personajes y las trágicas soluciones de los conflictos dramáticos que plantean las colocan en la línea más comprometida del teatro español actual; la maestría con que utiliza el lenguaje oral lo acredita como escritor y la extraordinaria dimensión espectacular de sus piezas lo avala como indiscutible hombre de teatro.

El *Prólogo a «El barón»* fue escrito en 1980 y estrenado, ese mismo año, formando parte del espectáculo que José María Morera montó con el grupo Alcaba para llevar a escena *El barón* de Leandro Fernández de Moratín. En 1983, Morera presentó su espectáculo en el Teatro Bellas Artes de Madrid, donde obtuvo un éxito considerable de público y crítica. El *Prólogo*, concebido como introducción a la obra moratiniana, para situar al espectador de hoy en otro tiempo histórico y teatral, posee una segunda lectura más profunda, enraizada en toda una concepción del teatro y de su destino actual que preocupa sobremanera a Miras. Desde ese nivel interno el dramaturgo proyecta el pasado sobre el presente, de modo que todo en la pieza se convierte en símbolos favorecedores de la reflexión: la falta de público en el entierro de *La Tirana*, la decrepitud del antiguo teatro, destinado «a la transformación en casa de vecinos», la sala vacía, ante la que Rita Luna se resiste a actuar e, incluso, la actitud esperanzada de Isidoro Máiquez, que imagina un público para garantizar su propia existencia. Pero no es sólo la situación de los actores la que se está revisando, es la de todo el teatro español porque, si los afantasmados espectadores que contempla Máiquez no se convierten en realidad palpable, estaremos asistiendo a la liquidación de un arte. La pieza, a pesar de su brevedad, hace gala de las cualidades que se advierten en la producción mayor de Domingo Miras, entre las que destacan una hábil utilización de la lengua, que actúa como signo teatral en sus personajes, y un profundo conocimiento de la historia que recrea como elemento mediador.